

Anhele

Todo un día dedicado a la reprogramación de bases de datos, peleándome con el laboratorio central de Madrid y los diferentes equipos de arquitectura de sistemas. Ni ellos ni nosotros teníamos personal suficiente, y lo que era peor, nadie daba con el código de error. Hubimos de cambiar todas las especificaciones y reubicar a siete personas, incluido un becario, al que consideraron como media unidad, a lo cual me negué, pero de poco me valió, era un peón más, como el resto de los ciento cincuenta que trabajábamos en aquella planta de disuasión informática, bajo el lema: se puede hacer. Algo que no consiguió Dios, quien quiso repescar del infierno a un ingeniero, el cual no pudo subir más peldaños por honestidad y una malversa distracción de las escaleras de nubes, quedándose anclado en la antítesis divina, y que una vez ubicado allí les puso en marcha todas las especificaciones logísticas habidas y por haber, con sus consiguientes comodidades; pues el mismísimo Satanás no quiso negociar su traslado celestial, y el todopoderoso poco pudo pleitear, porque los acólitos de la abogacía yacían junto al endemoniado fuego que les hacía de morada. Con todas y con esas, y tras unas horas de más para diferenciar el código fatídico, salí de allí rumbo a casa. Pensativo cavilaba en qué cenar y cómo ocupar mi tiempo, dejando a un lado la socarronería de los programas informáticos, que tan pronto restan intelecto, como carecen de argumento. Poco faltaba para enfilear la última cuesta, y puesto que iba con tiempo y nadie me esperaba en mi apartamento de alquiler, opté por bajar en vez de subir, por una peatonal poco transitada, salvo por quienes buscan traje de novios o están invitados a alguna fiesta perversa. La claridad del día se dejaba notar, y ya eran más de las ocho de la tarde, faltaba poco para mudar el

jersey por un polo de manga corta, guardando el abrigo entre ambientadores antipolillas, zapatos de ante y calcetines de lana gruesos.

El ventanal de aquel garito captó mi atención, y su colorido rojo mate hizo el resto, adentrándome en un lugar de músicos perdidos, con bancos en desuso, piezas de moto colgadas, barras de servir hechas de adoquines, y un ambiente a tabaco que echaba para atrás. Un tipo llamado Giorgio me dio la bienvenida, vestía camiseta de manga corta con una insignia que rezaba: *follow me* (conócame). Aquello parecía sacado de un gueto; y no tuve tiempo de poner pretextos, cuando me indicó qué me servía. Una sin alcohol, dije yo. Y me refugié en una mesa de billar que se encontraba en un altillo, a la derecha de la entrada, resguardándome de interrogatorios oculares y divisando todo el local. Las troneras me hicieron los honores y empecé fino, hasta que se me resistieron las cruzadas y me despisté con una que hacía sus pinitos como pincha discos. Eludí las insinuaciones de todo aquello que me resultaba putrefacto, pestilente o que podría servir de escaparate para complicarme la existencia. Sólo quería desconectar. Hice uso de mi pragmatismo, rechazando las verdades absolutas, y fui práctico, batiéndome en cada tirada como si fuera la última. Cuando me faltaban tres bolas y la negra por ubicar en sus correspondientes agujeros, saltó a la palestra alguien que podría llamarse Abigail. La señora de la música vino a mí y me preguntó por mis gustos en la materia, dando por hecho que la ayudaría en sus composiciones. Soy de los ochenta, le dije; y me tildó de clasicista, yéndose por donde había venido. Por un momento pensé que quería algo más que mi opinión, tipo rabo de ternera o algo así; menos mal, ya tuve lo mío y no precisaba decantarme por más dilación sexual. Ese vaivén escultural no se ciñó a mí de cualquier modo,

primero se dejó ver desde el interior de la barra central, posteriormente se ubicó dentro de la zona de aparataje musical, y finalmente recorrió todas las mesas que había entre ella y yo, para quedarse junto a la tapa del piano que cubría un teclado mal ubicado, fuera de lugar, como yo. Mi correspondencia con la suya nunca tuvo lugar; no así la suya con la mía, eso es otro cantar. Un primer lunes de abril y una primera parada antes del anochecer, no hicieron ensombrecer la pascua de resurrección. El asfalto nos dejaba el sonido del tránsito de las rodadas de tanto vehículo de usar y tirar, por un centro urbano ataviado de críos en semana blanca, llenos de diáspora y ganas de diversión en su chispeante devenir, al cobijo de cuidadores preocupados por cuadrar el nuevo periodo de la declaración patrimonial.

Me entraron ganas de orinar, y hube de recorrerme todo el establecimiento para llegar a la puerta en donde se separaba el almacén privado de los aseos para hombres. De haber sido inspector de sanidad los hubiera empaquetado, posiblemente harían falta muchas horas de investigación para esclarecer cuándo fue la última vez que usaron la cisterna en aquella taza de baño. La coloración era oscura, el líquido empezaba a tomar forma, apreciándose espumarajos en su superficie, y rezumaba un hedor poco frecuente. Me saqué la picha, meé de poca gana y huí despavorido, sin andar más rápido de lo normal para no ser poco atrevido. El dos liso se me hacía de rogar, no era capaz de enfrascarlo. Cambié de taco y ni con esas; cambié de bola, y seguía en las mismas. La cerveza se consumía, y mi pis aún escocía. De haber sabido de tanta mierda en los lavabos, jamás hubiera entrado. Para colmo, eran de otro equipo, había camisetas azulgranas colgadas de la pared, intercaladas entre los diferentes artilugios de poder que allí se depositaban. No

concebía cómo un local de ensayo, así lo calificué nada más entrar, podía estar tan desajustado y poco aprovechado. ¿Qué hacía ese piano en tono marrón enfrentado a la pared? ¿De dónde habían sacado esa espada? ¿Cuándo fue la última vez que abrieron las puertas y la ventana que daba a la calle para ventilar?... Me surgían tantas preguntas que no quise mirar más allá del cuadrante noroeste para ensordecer a propios y extraños del porrazo que le di a la bola catorce, dejándola encajonada, con la blanca haciéndole compañía. La cara se me puso mustia, y como si tuviera un gran danés a mis pies, no dudé en tardar poco en machacar la siguiente, dando por terminada la partida.

Menos de veinte gramos, escuché conforme me ponía de nuevo mis atuendos. Y salí de allí. Ya pagué al inicio, práctica costumbrista, al hilo de no deber nada a nadie, inclusive mi tiempo de espera, ese que me ruega que siga impenitente con mis convicciones. Sin tapa, sin mucho juego, y con cuatro euros menos, busqué el camino del parque para perderme un poco, antes de prepararme una ensalada francesa y hacer un acta de señalamiento en el sofá, posando mi cuerpo y extendiendo las piernas sobre ese porcentaje de *chaise long* que adquirí en las últimas rebajas, fuera de toda línea estilista, cómodo y práctico como la arbitrariedad de no ver nada más de lo que tienes delante. Ya en mi plano cuasi horizontal, subía mi cuenco verde a la boca masticando con desgana, sujetando el tenedor con cuidado de no manchar la tapicería que luego me tocaría limpiar. De tan asqueado de día que estaba, discutí conmigo mismo para detener el mando en un canal, hasta que me chantajeé parando en un documental de tierras islandesas. La recatada presentadora me cautivó hasta casi la una de la madrugada. Tiempo atrás, me di un espaldarazo hacia un compromiso salomónico en temas de amor y guerra, usando sacos terreros

para evitar más inundaciones, debido a los prominentes desbordamientos de tanto cauce, desde muy temprana la mañana hasta bien entrada la noche... A tuestas y con la iniciativa muy justa me metí en la ducha, dejando correr el agua caliente con el grifo a medio abrir, apurándome la barba con la afeitadora eléctrica y un poco de soul de radio fórmula como dama de noche. Cogí el pijama de cuerpo entero, ese que se viste de crema hidratante para combatir la sequedad que me produce mi soriasis y me pinté las uñas de los pies con el medicamento de poco éxito. Ya hundido en la cama, contemplé el pasar de los minutos hasta los casi veinte, cuando caí rendido. Serían las dos o las tres cuando renací para volver a morir, y a la siguiente ya no fui capaz de darme más a la tregua, por lo que me serví un whisky de los míos, con agua y dos hielos. Pasaban ante mí innumerables sucesos acaecidos durante la jornada, y me paré a desentrañar uno de tantos, más por aburrimiento y maquillaje informal que por interés manifiesto, no obstante, me resultó muy difícil escapar de mi particular rueda de prensa de todas las noches, desde que me aficioné demasiado a trasnochar procurando olvidar todo aquello que fui. Las cosas complicadas lo seguían siendo, por mucho que granjease mi vitola de contemporáneo, echándole un pulso a la mañana reinventándome después del primer café de la jornada. En la tarde me ausenté un momento de la oficina para abrirle la puerta al de la cristalería. Llevábamos meses con la puerta de la vitrina de un mueble de cocina, dejándonos esquinados los unos con los otros. Perdí la inquietud por arreglarlo, sin embargo el seguro insistía en que había que cerrar el expediente, y para ello, debían de colocarme el anverso de la estantería. Les llegué a decir que me habían fusilado y no se dieron por enterados, así que los dejé entrar y terminar su servicio. Durante siete meses

me acostumbré a ver esos tarros de cristal destapados, y el gran tazón de vidrio que nunca utilizamos. Era un mundo más ideal; ahora todo era inservible, estaba atascado en un puente derrumbado, junto a la nacional cuatrocientos veinte, como si una yegua hubiera despotricado, trastabillándose sin dar lugar a relamerse las heridas... De haber habido una guerra en la que pudiera luchar, me hubiera alistado; lo de las dos Coreas se me quedaba muy lejos, y un tanto huidizo el combate para mi gusto. No había lugar para amenazas y avisos, a mí nadie me informó de que ella iba a accidentarse, a lo sumo me notificaron que debía de personarse en el anatómico forense para identificar el cadáver, y ni corto ni perezoso me clavé en el arcén, y ya no estaba; aun así, olí su sangre, mi sangre, nuestro ser. Dosifiqué mi ansiedad hasta llegar al instituto en plena noche, y mi cuota de esperanza se disipó al ver a su hermana junto a la entrada, hecha añicos, como una niña ciega que ve por primera vez, pero en mentirijillas. Volver a la realidad del día a día cuesta, aunque haya cosas sagradas, como nuestra fidelidad. Nos conjugamos la salud, y algo o alguien desnaturalizó nuestros dos años de programa de acción familiar, así denominamos a esa etapa en la que nos embarcamos, antes de inscribir nuestros nombres en el registro de familia, aportando dos nuevas contribuyentes al erario público: Alma y Aroa. Eso no era una vía de salida, ni un intento para desalojar tanto espacio libre de nuestro adosado, simplemente una sospecha para agrandar la felicidad, una defensa de nuestras convicciones. Me costó muchísimo detectar ese aspecto en mi persona, y fue ella quien me lo descubrió, activándome esa parte que no sabía que tenía, y sin llegar a multarme por ello, únicamente me refrescó. Aquella operación que jamás se llegó a practicar nos truncó el sueño de esas dos lindas niñas, y lo de

recorrer tierras extrañas se quedó en la incineradora. Tres meses estuvo colgado el *tupper* de casa de su madre en el tirador del mueble que escondía los pequeños electrodomésticos. La bolsa no se pasaba de moda, llegué a adorar esas letras xerografiadas anunciando el hipermercado, con su verde destacable sobre la inconfundible transparencia que ocultaba su luctuosa despedida: “cariño, nos vemos esta noche, ten un buen día”.... Mi sorpresa no fue verla, sino tenerla muerta a media altura, sobre un piso frío, descosida por su tórax, con un viaje sin destino. El puente no fue lo único que se cayó en aquel aciago anochecer; sin papeles para el sorteo, ese fue mi último día. Reivindiqué mi muerte a los cuatro vientos y no me escucharon.

Lo primero que hago nada más levantarme es ir a la entrada, y comprobar si se han movido las zapatillas. Las tengo milimétricamente colocadas, esa es mi ilusión, si se le puede llamar así. Espero a que su diseño se pasee por casa, pisando al mármol blanco con sus metatarsos curvados y la uña del meñique sin crecer... Pero no, no ha habido vals en todo este tiempo. Su hermana Blasa se empeña en quitarlas cuando viene los jueves por la tarde, a darse una vuelta y sacarme de la cama. Sabe que llego agotado a esa jornada, aguanto tres noches sin dormir como si nada, la cuarta me cuesta, en la quinta me rebelo, y en la sexta no soy yo. Todo comienza el sábado, el peor día de la semana para ser feliz, porque es cuando más solo te sientes, ese día era nuestro; los domingos tocaba familia, o salida al exterior. Siempre recordaré aquel arrecife de coral de imaginación y papiroflexia que hicimos en nuestra primera escapada. Por entonces hubimos de quedarnos anclados, no teníamos dinero como para salir, y convertimos la sala en una playa coralina con dos tumbonas, nos hicimos fotos en bañador e incluso nos echamos aceite

de bronceado. Las persianas representaban los continentes lejanos, y los gusanitos unos cocos, con sus batidos helados. Por licor tomamos nuestra saliva, y sin hacernos balances, diseñamos un mundo mejor, haciendo frente a los sismos, a los robos, a los vendavales y a los escollos sociales que pudieran desencadenarse... No es lo único que recoge, también coloca la ropa del vestidor, la vuelve a enfundar. Yo en cambio, a poco que se va, la despliego de nuevo, como si mañana me fuese a preguntar qué tal le queda lo uno o lo otro. Es mi manera de entrenarme, sin eso no soy yo; he de hablar con alguien antes de desayunar. Ella me miraba de soslayo cuando yo me iba a trabajar, ahora hemos tornado las tintas, es ella la que me pide que la ayude a conjuntarse, y lo hago voluntarioso; a eso de las seis treinta le saco su traje, después de desembalsar mi vejiga. Tampoco le falta su botellita de agua, hay días que tiene más sed que otros, pero es lo primero que hago al irme a la cama, colocarle su bebida. Como su cuerpo se me escurre, el dobléz de la sábana lo hago como si fuera para mí, y me abrazo a ella como si fuera su vela, con mesura, con dulzura; con la garantía de que me siente... Ya no rezo como antes, ahora despótico, se la tengo jugada al de arriba. Cuando lo pille lo estrangulo, entre tanto, cumplo lo que le dije a mi esposa: "tranquila, no mataré por ti"... Me sorprende mi obediencia, no mi dedicación a su ausencia, porque sé que está ahí. Ella cambió mi futuro, y me ancló en el pasado... Tanto, como que tengo los huevos caducados. Era ella quien miraba las fechas, para mí representa una marejada limpiar las bandejas del frigorífico y de su congelador. Su hermana se trae y se lleva los huevos fetiches, yo escondo el helado de vainilla, porque no quiero que se lo lleve, nos lo dejamos a medias y algún día lo terminaremos. Por eso, lo meto en la nevera portátil y lo guardo en el

maletero del coche hasta que se va, para reubicarlo en la primera balda junto a los hielos. Esos que usaba para su refresco, poco antes de fumarse el cáncer, mientras yo partía el limón en rodajas. La idea de buscarla al salir de casa es un elemento que no me equilibra; me cuesta echar la cancela sin preguntarle por sus aficiones. Siempre se lo preguntaba, era un tostón encantador, así compartíamos ilusiones, mundos, entretenimientos y esas caladas que tenía a gala abordar antes de agarrarse a mis brazos, tras su brillante limpieza bucal... Su honradez pudo conmigo, me ganó desde el principio. Su humeante acostar y despertar me hizo llegar a pensar en descolgarle una escalera desde el dormitorio hacia el patio, para que no tuviera fronteras en sus apariciones, y no perdiéramos más tiempo del necesario en impregnarnos el uno con el otro, deshaciéndonos en arrumacos y cabeceos de pelvis... Vivir con ella era no vivir... Cuando la conocí aún estaba aprendiendo a querer, y con ella hice el máster de especialización, ganándome su estancia en mi abrazo torcido. Le tenía tantas ganas que no aceptaba un abrazo formal, igualmente precisaba de verla con todo su rostro, por ello la giraba melosamente sentándola en mi muslo, paseándola por mi aura, evocando a dos viejos enamorados que se encuentran recién llegados de recorrer Europa, tras partir en sentidos opuestos... Me traicionaría si no me sintiera enamorado, vivo con eso, con su amistad, con su género femenino, con su esencia; y con su empeño en no ponerse el gorro de la piscina, dejándome solo en mi acantilado. Puse tanto énfasis en aquello que no volví a pisar un estanque climatizado, propiciado por mi revolución intelectual que no hormonal. La intuición me mató abrazado a ella, junto a ese pórtico kilométrico, desterrando proyectos, discusiones, enfados, comilonas, partos, compras, aspavientos, clases prácticas de

conducción, y apretujones de nariz quitándome las espinillas, entre risas, lagrimeos y carantoñas gustosas... Quise enseñarle a guiñar el ojo y no tuve tiempo, ya no me lo abre.

Aprovechando lo largo y ancho del día, sin haber ingerido ningún tequila, cojo en mano el bañador y me hago un fogonazo de emociones yéndome a nadar en solitario, junto a mi amante. Ella me secará la piel y cuidará de mis tendones cuando note los excesos. Al despertar y salir del acuático medio soltero, será otro día, dejando atrás al poeta con su ladera y la media barba que no despega. Antes de conocerla contaba entre brazadas, luego pasé a escuchar diferentes composiciones musicales, teniéndola a ella como bellísima bailarina, para después obturarme de tal modo que notaba chubascos entre nados. Ahora llevo deberes, me los ha puesto mi niña grande, mientras acomodaba el destilado en el posavasos; se trata de fotografiar parejas que pasean de la mano, para llevarme esa escena a una isla desierta y reunirme con ella, participando de todas esas cogidas. Según ella, así se hace más corta la noche; cuidado que no les salpique con mi envenenamiento, en mi caso la certidumbre de que no tiene lápida mitiga mi empecinamiento y me hace dudar de si aquel espectro era o no el suyo, por eso la espero, sin que sirva de precedente.

Faltó a su cita, me dijo que siempre estaría a mi lado.... y la busco y no la encuentro. Han pasado muchas horas desde el nuevo día y sigo varado en mi lado de la cama. La llamo y no viene, y grito en la noche con un cojín tapándome la boca, empapándolo de plata desgastada que moja algo más que mis carrillos. A perpetuidad la sigo adónde vaya, fue nuestro trato. Veo más en

la noche que a plena luz del día. Es ahora cuando me siento majo, unas horas antes del amanecer, cuando los pájaros empiezan su cantar, porque quien compone versos en la oscuridad busca algo más que una instantánea, tiene un plan que perpetrar, y no cesa en su intento hasta que lo consigue, o muere felizmente extenuado. A pesar de que las señales no sean muy evidentes para el resto, yo las siento; no sé interpretárselas al resto, pero las guardo para cuando todo cuadre, como esos paseos por Varsovia, en donde surgió el desmembramiento del individuo, y nació la mujer que me tocaba los pulgares suavemente, provocándome tanto gusto que se me iba la cabeza en la oficina rememorando ese tacto que provocaba su roce con el mío. Aún se me pasan las horas muertas con esa melodía táctil, ya sea en casa o dentro de la oficina, y siempre con una de sus macetas de fondo; también la echan de menos, es de lo poco que nos une. No las podía tocar, las tenía tan mimadas que ahora es Blasa quien las cuida, yo no puedo regarlas, todo me parece poco y las encharco. He perdido el sentido de la medida, si alguna vez lo tuve. Como cuando empezamos nuestro júbilo, allá en tierras polacas, junto a la expedición del Ministerio de Cultura. Debíamos de reprogramar unos ordenadores, como parte de un proyecto conjunto, y entre unas cosas y otras, ambos acabamos refugiados a los pies de la sirena, con un diccionario bajo la mano, en vez de una espada en lo alto. Nuestra simbología comenzó echándonos una mano con la fonética, y acabamos tan hartos de tantas palabras que nos fuimos en busca del silencio, recorriendo el barrio nuevo de Varsovia. Una molesta lluvia nos cogió de improviso y nos refugiarnos en la Iglesia de Santa María, en donde resignamos toda nuestra galantería, persignándonos como culto a la oración, evitando profanar o ser descubiertos. La capucha de mi gabardina estaba tan

desconocida que ella me la desabotonó por primera vez, y la puso a secar junto a una escultura de velas, que si no profesaban mucho calor, su candela era presagio de un mundo mejor. La muchacha tenía ganas de llorar, estaba fuera de sí, venía de pasear en sueños por el cauce de un río seco rodeado de montañas, parándose a jugar con los ecos, gritando fuertemente: ¡Sí! Una y otra vez, contraviniendo los aires de poniente. Era su particular manera de ensayar el efecto Pigmalión, por eso se puso un reto, y lo atendió con tanto arte que lo hizo propio; mío. Si aquel rey de Chipre se enamoró de la estatua y la hizo su mujer gracias a la ayuda de Afrodita, que convirtió a Galatea en cuerpo y alma, para que su amado la defendiera hasta de sí mismo, convirtiéndola en su dichosa reina; ella y yo, nos unimos en una bancada para algo más que secar el forro de una tela. Nos cortejamos de un modo tan directo que no nos dimos cuenta de lo que estábamos haciendo hasta que una feligresa nos hizo un gesto de recato, colocando uno de sus dedos en su boca, de un modo vertical, queriendo sellar lo que ya no tenía final, nuestro amor. Y en eso quedamos, en tratar de amor y letras, no sin antes darnos la debida obediencia cogiéndonos de las manos. Ahí fue donde sentí la búsqueda de mis pulgares, y el surco de sus líneas sobre las mías. Iba de azul, el jersey le hacía unos senos más voluptuosos de lo habitual; yo ya le había echado el ojo en el avión a tan maña atracción, aprovechando la subida y bajada de las maletas de los portátiles. Sin embargo, su cintura me descentró, tenía algo que no hubiera acertado a reconocer, de no ser por ese desliz que tuvo al inclinarse y ponerse a dar gracias por aquel encuentro. Estaba tintada en su piel, tenía un recorrido florido que la esculpía como si estuviera de escaparate. Me quedé perplejo, y no dije nada; tampoco hice por tocarlo ni taparlo, de eso se ocupó ella. Yo no

tuve ni la necesidad ni el deseo de darme a los demás de ese modo, sabía el nombre de una oración, pero no creía en su método ni recordaba su credo, no obstante, el envoltorio nos era propicio, había recogimiento, sabíamos que no estábamos solos, y su cabello aún estaba calado. Mi pañuelo de bolsillo no era suficiente como para deshelar ese cuerpo, así que al verla temblar, me uní a su pose, reclinándome con ella. Me miró, se sonrió, cogió mi mano derecha y me dijo: “déjate hacer”... No entendí nada, pero el contexto me resultaba grato, a ella se la veía cómoda, y aunque yo no estaba en mi salsa, a su lado me sentía suelto, abandonando mis costumbres de dictar sentencia a la menor oportunidad. Ella murmuraba, como reafirmandose; mientras que yo me esforzaba por mantener la vista al frente, no sólo por ella, sino más bien por esa atracción que sentía por lo desconocido, como queriendo husmear cada rinconcillo de ese altar, o colarme en su sacristía, componiéndome mi saber más profundo. Era y sigue siéndolo mi modo de fotografiar, escriturando con un vistazo todas las formas, anteponiendo eso a cualquier testamento fotográfico...

Podría decirles que fueron muchas horas, pero faltaría a la verdad; en realidad no estuvimos más de una, y se me hizo como si hubiera estado con ella toda una vida. De gusto, supongo, porque lo sentí. Tramitada nuestra compra venta, en base a una lealtad manifiesta, volvimos tranquilos al hotel y nos reunimos con el resto de los expedicionarios. En esa ocasión no tuvimos que dar explicaciones a nadie, porque no se nos esperaba, cada cual estaba cenando, o bien guarecido en el escritorio de su habitación, horadando el resteo de aquella infame prueba a la que estábamos siendo sometidos. Nos vino bien salir un poco de nosotros mismos, es lo que todo inventor anhela,

saber desconectar para al reincorporarse dar con la clave. La acompañé a su dormitorio y le besé la mano, mirando antes de levantársela, para que nadie nos viera; lo hice a propósito, quería dejar algo pendiente, lo aprendí de mi subconsciente: cuando sabes algo, no lo expreses del todo, déjate un poquito para arrancar la próxima vez, no es guardar en vano, sino dar lo que tienes. Y lo puse en práctica, llegando a fomentar su deseo, amén de respetar su cuerpo; que sin ser escultural, me hacía trizas el corazón por no poder lavarlo, secarlo e hidratarlo. Ya estaba alimentado con su espíritu, por eso no bajé a cenar. Esa noche la recuerdo como ninguna otra, porque a pesar de que nos distanciaran dos plantas y multitud de inquilinos, la tuve a mi lado, casi tanto como ahora, en donde la penumbra y el azote de las ramas de los árboles imposibilitan que ella se me esfume. Ni dormí entonces, ni duermo ahora. Llevo puesto su chaleco, ese que llevaba aquel día en la Iglesia. Negro, de punto fino, y con cuello de pico. Me lo pongo encima del pijama, aquella noche no me lo quité salvo para afeitarme bien entrada la mañana. No recuerdo la última vez que lo eché a lavar, tiene metido su olor corporal, por eso me lo dejo, me abriga más por dentro que por fuera. Asquito le da a Blasa, cuando entra y me ve con el puesto, dice que cualquier día me lo va a tirar; pero no sabe dónde lo escondo, eso sólo lo sé yo... Bueno, y ella, porque sé que me está viendo en cada momento, salvo cuando voy al baño, que le pido que se quede fuera, porque nunca pudimos defecar cómodamente juntos, y ahora no la quiero molestar con esas tretas. Hay una estantería en el salón, de esas altas de cuatro alturas que nacen desde el suelo y llegan más alto que mi cabeza, en donde en su cima colocamos una de sus macetas, junto a una estatua de madera congoleña que nos regalaron unos buenos conocidos. Pues entre esas

dos magníficas composiciones, y aprovechando el esquinazo junto al tinte negro de su madera, doblo y redoblo el textil, para dejarlo entre ambos, y así nadie más sabe dónde tenemos ubicado una buena parte de nuestro primer encuentro. A mí no me dejaron quedarme con su jersey, el día del trágico desenlace llevaba puesto el mismo que cuando dos meses antes de lo de la Iglesia la conocí, porque le encantaba, era uno de cuello cuadrado y sin mangas, que combinaba como nadie con unas rebecas, y sus innumerables pañuelos. Dijeron que formaban parte de la escena. Yo lo hubiera lavado, y creo que estos lo empaquetaron y finalmente lo tiraron. Pregunté por ello al inspector encargado del caso, y no me dejó volver a verlo, decía que era por mi bien, que no tenía sentido quedarme con algo roto y manchado por la tragedia. ¡Cómo se nota que no estuvieron en Varsovia aquel día! De haberlo sabido lo hubiera robado cuando el forense me enseñó mi cuerpo. En ese momento estábamos él y yo a solas. Lo más que hubiera sucedido hubiera sido un choque generacional, porque estaba bastante mayor; por lo demás, él estaría hartito de la meditación de la madurez de la vida, y sabría comprender mi vacío. No creo que me hubiera limitado tanto como para no entregármelo... Si algún día desiste de aquel acuerdo que en su día hicimos, Dios no lo quiera, y me pide que la deje marchar a su conveniencia, no sé qué haré con todas sus cosas. Me sentí obligado a incinerarla por respeto hacia a su persona, a sabiendas de que eso no iba a cambiar nada. Ni me tuvieron que entregar el anillo, ese se lo despoje yo como cada mañana con un beso real, sin exigencias. No éramos de pregonar nada, ni nos resultaba lustroso eso de ir con zarandajas, ya fueran caras o baratas, así que optamos por vivir sin relojes y sin joyas, salvo una. Dando un paseo por las callejuelas de esa ciudad, el

penúltimo día antes de partir, aprovechando el buen clima nos alquilamos unas bicicletas. Yo estaba cansado de ver los típicos elementos que derivaban de la época en la que la heroica ciudad perteneció al Imperio Ruso, por ello nos alejamos hacia el extrarradio. Aquel helado de moras con galleta nos supo a gloria; no entiendo, cómo cuanto más hacia el norte vuelas, más helado ingleses, me es inverosímil. El caso es que aquella ciudad que se disputaron los germanos, los rusos, y otros tantos, nos guardaba un rincón para nosotros dos. Lo denominamos Zeppelin en honor a la importancia de ese artilugio en las diferentes contiendas que se produjeron en sus cielos. Y el título nos sirvió para acomodar la cabeza y mirar arriba, cerciorándonos de que estábamos asistiendo a nuestros primeros días. Por tal motivo, nos tomamos unos segundos para reflexionar sobre todo aquello que no era tal y como a nosotros nos gustaría, procurando no caer en los excesos o en la tontería de impedir tener nuevas vivencias. Cada cual asumió su cuota de responsabilidad en esa postura de los deseos, y finalmente nos permitimos depender de la pareja, no sólo de las respectivas familias. En el jardín-palacio neoclásico Lazienki nos nutrimos de innumerables fotocopias de encanto, para cuando en años venideros hubiéramos de pasarlo mal, poder tener algo a lo que agarrarnos. Levantamos el vuelo, y le hicimos lo propio a los patos y a los pavos reales que confiaron en nuestra paz.

Tras esa inmersión, y dejando a un lado el eje central, toca volver a ser natural en la dictadura de lo imposible, he de serenarme apartando mi inseguridad y guardándome las especulaciones sobre si me la encontraré a la vuelta de la esquina o no. No quiero malacostumbrarme a no tenerla presente.

La gente es maja, pero no entiende que yo la veo cómo me saluda con la mano desde lejos; y me dice ven, ven conmigo cariño, ven amor, ven, ven.... Sarah, la vecina, me dice todas las mañanas: “espabila que cualquier día me has de empujar la silla de ruedas, que no me quedan fuerzas”; y yo la sonrío porque así lo hacía mi mujer, no por ganas. Cansa escuchar lo mismo todos los días, como lo de mis padres: “tienes que olvidarte de ella, has de vivir, eres joven; no nos hagas esto”... Y yo me cago en su puta madre, por lo bajini. Sé que lo dicen por mi bien, pero me harta tanta atención, esto es cosa mía y de ella, hicimos un trato y lo hemos de cumplir, no me vale quitarse de en medio, de ningún modo. La carretera mojada no me es excusa para no estar juntos, también hay otras superficies resbaladizas, he de encontrar la mía y reunirme con mi esposa. Haré lo de casi siempre, pasarme el día dormido, y al salir del curro me reúno nuevamente con ella, como hacíamos cuando se calzaba en la puerta de casa. Además, hoy tendré una buena excusa para quedarme a solas en el trabajo, hay futbol esta tarde, así podré mandarle más pausado el correo electrónico antes de mi salida, como de costumbre. Mucha gente se da los buenos días nada más sentarse a la mesa laboral, nosotros lo hacemos también al irnos, porque sabemos que es importante quedar para cenar, y así albergábamos ganas por vernos, dejando a un lado los sin sabores del mecenazgo informático o las especulaciones bursátiles... Son un puñado de mensajes los que cuelgan en su bandeja de entrada, lo sé porque tengo sus claves. Nos las dimos, no teníamos inconveniente en ello, éramos dos refundidos en uno. ¿Qué le pondré hoy?...

Hay quien no entiende el por qué de estos correos, pero es el modo de aprovechar nuestro tiempo juntos, dedicándonoslo precisamente a nosotros, y

no a labores de gestión, pudiendo achucharnos sin tener que estar pendientes de la hora, o hacernos escapadas sin estropear otras citas protocolarias. Nunca concebimos eso de sentarnos en la mesa del hogar y dedicarnos tipo franquicia a destripar un matrimonio con papeles, nuestra unión es para disfrutarla, no para enmarcarla. Por eso lo de escribirnos, son de esas cosas que uno empieza por la mañana, cuando abre el navegador del ordenador del trabajo, y le va metiendo datos poco a poco, y hacia media tarde no más tardar, lo escupes, aliviándote, para que el regreso a casa sea plácido y acogedor, no un melodrama de terror y asuntos pendientes.

Ya metido en la vorágine, lo único que me evade son estas cuatro letras, gracias a ellas la sigo escuchando. Es como si me fuera a una cabina de las de antes, con sus tres paredes de cristal y la puerta abatible, y la telefonease; con el único fin de calmar mi pesar con la dulzura de su tonalidad en el contestador. Antes tardaba más, pero ahora, no espero, cada mañana lo empiezo antes y se lo remito más tarde, así la guardo más tiempo. Del resto del día, poco queda de destacar; sobra casi todo, salvo la vista a la entrada, con sus zapatillitas... Ufff, tomemos aire que vamos con el hoy, por mucha soltura que tenga, su no respuesta me inquieta tanto como el primer día, cuando no sabía cómo reaccionaría:

“Cariño, ya está aquí el pesado de tu marido, y desde bien tempranito.

Antes de que se me olvide, apúntate que hemos de pasar la revisión de la instalación de gas, o llamas tú o llamo yo, pero no hemos de dejarlo más que se nos echa el tiempo encima. Ya la tuvimos hace tiempo, y acuérdate de lo que pasó.

Yo me ocupo de recoger tu vestido del tinte, lo haré en un descanso, y así veo la cartelera del cine, por si hemos de coger alguna película en el videoclub.

Pasaré por casa de mis padres, hace días que no les veo, están empeñados en que probemos el jamón que les regalamos por su aniversario, ya sabes que mi padre nos partirá un plato. Sé que tenías que visitar a tu amiga Nati, no te preocupes por la cena, ya preparo yo unas tapas como en aquella tasca polaca de esos primeros días.

Tengo una mala noticia. El seguro me ha contestado diciendo que la reparación solicitada no está cubierta por la póliza. Tranquila, no les pegues tú, déjamelos a mí...

No insisto, porque ya sabes que soy de los de amar a la cara, descontextualizando la distancia. ¡Denúnciame si no te hago feliz! Cada día te recorro, y te quiero más,...más, y más.

Muachhh. Nos vemos esta noche, si estás muy cansada dúchate y acuéstate, tenemos todo el tiempo del mundo para degustar lo que un día tú y yo supimos dar a luz.

Para la posdata, el viaje de siempre: Florida nos sigue esperando. Hace quinientos años, un tal Juan Ponce de León desembarcó allí, y no le fue del todo mal. Si los españolitos satélites supieron valerse por sí mismos en las Américas, ámate y cambiemos Centroeuropa por ese vástago continente, que hemos de abrirnos más.

Un beso mi amor”.

Hoy me despierto como si estuviera en nuestro quinto aniversario, yendo por segunda vez a esa preciosista ciudad, para contemplarla en firme cogidos de la mano sin mirar atrás, y sin restricciones de horarios laborales y atmósferas revueltas. Sólo con escuchar el nombre de su terminal aeroportuaria (Frederic Chopin) ya daban ganas de hacer las maletas. Resulta chocante que uno de los edificios más altos de Europa proceda de un regalo de la URSS a Polonia, albergando en su arquitectura comunista un mosaico de atracciones y diversiones bajo la cultura y la ciencia, denominándose Palac Kultury i Nauki (Palacio de la Cultura y la Ciencia). La ruta real nos condujo al parque Wilanów, y pasamos de largo por el palacio barroco, ya que queríamos hacer más impresos de aquellos que en su día caligrafiamos con una tumbada, no muy lejos de allí. Iglesias había para aburrir, y como ya hicimos de las suyas secándonos a la luz de las candelas pasionarias, esta vez fuimos a la Sinagoga Nozyk, para entender parte de la historia del holocausto. Por mucha reconstrucción que haya sufrido su centro histórico, las tumbas siguen ahí, impertérritas, entre pactos, convenciones, tratados y alzamientos varsovianos, combinándose con unos rascacielos mundanos que los miran por lo alto, sin detenerse a explorar el por qué del asentamiento. Tanto más pudo hacer la naturaleza humana, como la fuerza de un incendio, o incluso un huracán, y debido a ello estamos donde estamos, habiendo pasado por varias Guerras Mundiales, y en ciernes de que algunos otros se adentren en nuevas epopeyas bélicas. Las casualidades incendiarias hicieron trasladar la corte desde el Castillo Real de Wavel en Cracovia, allá en mil quinientos noventa y seis, hasta su destino actual, por orden del rey Segismundo III, convirtiéndose siglos más tarde en “la París del Norte”, por sus edificios culturales y la mentalidad de sus

gentes. Esa que hizo declarar a Vladimir Lenin, tras la batalla de Varsovia en mil novecientos veinte, que en el burgués feudo polaco, no sólo se encontraba el gobierno y la capital de la república, sino también el eje del imperialismo internacional contemporáneo. Esta era la parte facilota, bonita, y dulcemente histórica, de ese viaje.

No tuvimos la misma musicalidad cuando fuimos a Treblinka, para ver in situ un campo de la muerte; nos llevamos algo más que cantos de sirena y una literatura médica para salir del atolladero, por si no éramos capaces de asimilar toda esa miseria. Nos acompañaba una biografía de la afamada y doble Premio Nobel Marie Curie, oriunda de Varsovia, y afrancesada por voluntad propia. La mujer que nos acercó la radioactividad, paseaba en manos de su hija Eva junto a nosotros, bajando las mismas traviesas que condujeron a muchos a colgarse de su propio cinturón, antes de ser apaleados, o marcados en la cara para morir antes del anochecer. La palabra aniquilamiento aún perdura, y distan ya muchos años de aquel genocidio que algunos plantearon como solución final. El ingenio diseñó una fosa de un metro de fondo por veinte de largo, en donde se horneaba a más no poder, a los cuerpos previamente gaseados, todo ello sobre las vías, que previamente habían construido y mantenido los propios prisioneros, en uno de tantos turnos de masacre. Como en casi todo lo que se cuece, primero está la sección administrativa, y posteriormente se inicia el embudo que te atrapa, para terminar formando parte de un memorial más allá de la logística de la Operación Reinhard, nombre con el que alto mandatario y comandante de las Tropas de Seguridad-Schutzstaffel (SS) Heinrich Himmler calificó el programa de eutanasia... Editar la historia no borra nada, cambiarla la adultera, aprender de ella te hace envejecer. Eso quisieron los miles y miles

de judíos que fueron conducidos desde el gueto de Varsovia a Treblinka hacia mil novecientos cuarenta y dos. La idea de concebir una esperanza de vida de no más de hora y media, habla por sí sola de la crueldad que este lugar acogió. Lo de cortar el pelo a las mujeres no era una cortesía, siempre había algo detrás; el fragor del dinero. Antes de ocupar su última estación, los hombres formaban en fila a la derecha, mientras que las mujeres los contemplaban desde la izquierda, sin saber muy bien lo que les iba a suceder en tan corto espacio de tiempo y a escasos metros de esa colina, en la barraca del adiós. Desposeídos, desvestidos, y extraídos de su dentición más valiosa, dónde se guarda mayor testimonio de ese desenlace que en el tronco de los árboles que no se pudieron mover ni para trabar a los guardianes del mal... Los miro y me enojo, les toco su corteza y se me nubla la vista. Piso sobre sus raíces y no me electrifico con el espinado alambre que un día trazó surcos en el bien, apoderándose de todo el mal que a unos le supo a poco. Los vómitos y los lloros propiciados por el desaguisado y la ingenuidad de los uniformados, cayó en saco roto cuando los mandamases obligaron a tirar con correas de los torsos despojados de vida, para aclarar la zona y seguir malviviendo a las órdenes de quienes no respetaban ni los diez centímetros de acumulo de secreciones humanas que perecían desparramadas antes de su paso por las ascuas. La incomprensible cuestión de género tomó rango cuando la materia grasa en su abominable forma humana, sirvió para discernir acerca de si unos ardían mejor que otros, anteponiendo las mujeres ancianas y gordas a todo lo demás, para servir de flama cautiva a los de arriba, que debían de ser el resto de las mujeres, los niños y los hombres, preferentemente los más gruesos en la parte inferior. Y para darle naturalidad y evitar más química irracional, optaron

por la madera y los fósforos como inductores de la incipiente barbarie, todo ello bajo el hedor de la descomposición coyuntural de toda una época... Cuyo fin consta en un archivo pétreo, levantado en lo que un día fue y pudo haber seguido siendo un campo de altramuces, además de una injusticia que enmudeció a muchos hasta la crepitación en vida, como el sonido que chasca la sal con el fuego... Dado que la historia se aprende y no se enseña, nos dimos cuenta de la suerte que teníamos de estar juntos, más si cabe tras leer algunos de los testimonios de quienes por aquellos campos pasaron, quedándonos en la retina esa frase que aglutina muchas de mis horas: “el orgullo de ser el peor programa de erradicación” refiriéndose a los campos I y II de Treblinka. Resulta denigrante, que el día menos pensado puedas perder ya no tú propia vida, sino la de quien te dice que te ama a conciencia, independientemente de que sea una falacia o un dogma de ley.

Al regreso a la capitalidad, quise sincerarme un poco más con mi amada, y le hice ver algo que me recorría desde muy niño, y que normalmente practicaba conforme pasaba junto a una maceta. Tenía y tengo la costumbre, absurda o no, de contar las hojas de las plantas a mi paso, e incluso a veces me detengo y me recreo en su conteo hasta incluso varias veces, como no fiándome de mí. El objetivo inicial es determinar si la cuenta resultante sale par o impar. Y el fin en sí mismo, no es otro que acodar mis pensamientos y sensaciones varias a mis inquietudes. De tal modo, que si me sale par hago tal cosa, y si me sale impar dejo de hacerlo. Lo de menos es el concepto numérico, lo verdaderamente trascendente es el ánimo y la predisposición con la que me aplico a ello. Suele ocurrirme cuando ardo en deseos de que algo salga adelante, o en su defecto, cuando estoy hecho una calamidad y apenas me

tengo e pie. Forma parte de mi identidad, es algo que no planifico, lo hago a modo de pausa, como quien cuenta hasta diez antes de responder, y tampoco es necesario, porque pueden pasar días y días sin llevarlo a la práctica, y a lo mejor, una tarde me proveo de esa intentona y lo hago tres veces con la misma planta. Me salió contarle esto, porque sin estar drogado, no deja de ser un incentivo ante tanto escollo, ya sea por un fracaso o por no caer un ser un forofo descocado. ¿Saben cuál fue la respuesta de mi querida?... La caucásica comentó en última instancia, tras sonreír a las nubes que ennegrecían, dándole más mordiente a la escena: “Cariño, ya lo sabía. Llevo años viéndote pasar junto a la plantas y a veces te quedas embelesado, como buscándole gusanitos en sus estomas, otras tantas disimulas más, pero sé que algo buscas en sus hojas. Cada uno se encomienda a su manera, como cuando te arrodillaste conmigo esa primera vez; y ni tú ni yo nos hicimos un siete por entonces, ni ahora me lo haces contándome tus andanzas. Sé que no fumas garlopa, y que eres de fiar. De haber tenido dudas sobre tu personalidad, nunca habiéramos venido juntos a un campo de concentración, porque lo tendríamos en casa. Estate tranquilo loquito mío, te quiero tal y como eres. No te cambio por ningún otro”... A su término, se giró y me cogió la mano; acercó su boca a mi oído izquierdo y acto seguido respiró conscientemente, plácidamente y a muy corta distancia, inspirando por la nariz y exhalando por la boca, transmitiéndome un calor que aún guardo como si estuviera con ella en este instante... Se me saltan las lágrimas con esos momentos, son los que me dan vida y le restan interés a todas las malversaciones de plebeyos y cortesanos. Siempre la tendré en mi trono, aunque nunca quiso ser princesa, esas palabras le conferían malos augurios; de ahí que dejase de utilizarla para referirme a su persona,

porque no pretendía flagelarla, sino adularla, respetarla y que me siguiera azuzando mis adentros.

Nunca más volvimos a Polonia, nos hubiera gustado visitar Cracovia, incluso llegamos a tejernos una excusa, como asistir a un evento de la filarmónica manchega en esas tierras, en una de las interpretaciones más exigentes, con el repertorio de Gustav Mahler; pero no pudo ser. Y ahora, que vuelven los lunes musicales cerca de nuestro domicilio, pienso si me pedirá que la acompañe, algún día de estos...

Hasta el momento no he sido capaz de leer su correo, ese que cuelga de mi bandeja de entrada. Aquel día tuve que salir un poco antes, quedé en recoger a mi madre del fisioterapeuta para acompañarla luego a su casa, y departir con ellos un rato, poniéndome al corriente de su reciente viaje, junto a mis hermanos. Y se me fue el santo al cielo con los detalles de los unos y los otros. Los mayores venían del pueblo y de ver su apartamentillo playero, dándole un repaso a sus posesiones. Mi hermano arribaba de un crucero con su familia política, de esos en los que apenas te da tiempo a orinar en un país cuando ya estás surcando la frontera del siguiente. Y la pequeña, como si fuera sueca regresaba de su andadura de sol y playa cazando los primeros rayos de sol. Entre todos me entretuvieron, o mejor dicho, yo me entretuve con ellos, a sabiendas de que mi flor llegaría más tarde, y por eso me dejé caer más de la cuenta en el sofá de mis allegados... Y cuando eran las nueve y treinta y ocho miré el reloj de su salón y me fui al coche, encendí el motor, se accionó la radio y salió a la palestra Tracy Chapman, con su "*Give me one reason*"... La de Cleveland y yo nos fuimos a casa. Ya no eran horas de montar algo copioso,

más por su parte que por la mía, dado que me telefoneó antes de salir y estaba con la boca llena, degustando uno de esos sándwiches vegetales que se habían preparado. Les dio por engullir para asimilar el despido forzado de su amiga. Por más que fuera procedente o no el despido, el caso es que estaba sumida en un expediente de regulación de empleo. Y aún les quedaba por probar el flan casero, como para hacerse a la idea de lo que le esperaba a nuestra conocida. Yo estuve invitado, pero no asistí. Recaía en mí la sombra de ser uno de los amigos de su ex, y la simbiosis apoyo, cariño, pasado y malos fines no congeniaría mucho en una tarde noche de estallidos emocionales, por eso dejé ir sola a mi pareja. Lo de dejar es un decir, porque no procedía obedecerse ni darse órdenes, pero nos dábamos permiso para que no hubiera malos entendidos, y nos gustaba desearnos una buena estancia con otros, recreábamos una idílica despedida, como no fuéramos a vernos nunca jamás... Esa mañana fue de las más rápidas, las sábanas se nos pegaron, no obstante, su aroma embriagador floreció en mí durante toda la jornada, algo que la indómita sociedad no ha podido quitarme. Le dije: “me quedo con un duplicado, no me tardes amor. Te quiero, mi fugitiva”. Cuando ambos decidimos mi ausencia en ese paralelismo de sesión de psicoanálisis, para evitar que mi presencia intimidara a su amiga. De ahí, que dejé que se abanicasen solas... y salí por la puerta, no sin antes calzarme en la alfombra del hall; fue la última vez que pude ver el hueco que dejaron sus zapatillas, contemplando la espesura de la entrada, y sin más tribulaciones, su éxodo ocupó el sitio.

Me armo de sosiego y trincho el correo para leerlo: nunca es tarde. No le faltó el respeto por mi tardanza, ella bien que lo sabe, conoce mejor que yo mi lado oscuro, está en mis pensamientos. Dice así:

“Hola mi amor.

Ya sabes que hoy llegaré tarde, he de consolar a la pobre Natasha. Saluda a tus padres de mi parte, y diles que nos vemos el fin de semana con ellos, decide tú el día. Y no entres con cara de pasa, ¡sonríeles!, pero no tanto como a mí, que no eres un condenado. ¡Vale! Azucarillo.

Por si acaso, no me esperes despierto, otro día hacemos cena varsoviana. Tengo ganas de ti, y de aguantar tus parrafadas, ¡anda que no habla mi niño! Esa faceta no la conoce tu madre, por mucho que se lo digo, cualquier día te grabo. Nadie se cree que alguien pueda llegar a hablar tanto como tú, y en plena noche. ¡Menudo angelito! Muachhh.

Oye, que hay que quedar con el de la caldera. O lo haces tú, o lo hago yo, pero no lo dejemos más, que luego nos multan... Yo prefiero que lo hagas tú, no me gusta quedarme a solas con alguien que no seas tú, a mí me da cosa, y tú te me pones muy celosillo. Anda cariño, llámales.

Deberías de pedir cita en el taller, el coche me ha hecho un extraño. Un compañero dice que puede que se deba a las ruedas ¿no le pasaste la revisión el otro día?

Como siga lloviendo me van a salir branquias. ¿Qué calzado te has puesto hoy? No me pases frío. Y cómprate las vitaminas en la farmacia de abajo, que con la astenia primaveral empiezas como siempre a perderme peso. Como no lo hagas me enfado, ¡cómpralas! Si yo seguiré haciéndote el zumito, lo uno no quita lo otro.

Luego te recompensó, y si quieres jugamos a los médicos; ya que no pudimos serlo, cuando menos nos lo imaginamos y hacemos de las nuestras. Tengo ganas de ti.

Duermeme mi tesoro. Mumm, ¡qué gusto!, cuando llegue me tendrás mi lado de la cama calentito”.

...En unos minutos pasé de mártir a traidor... Fui al taller, y un niño fue testigo directo de cómo otro se quedó huérfano. No había otra manera de proteger a ese pequeño, ni aún dejándolo en una segunda línea... Uno menos para el paro, estadísticamente hablando; fallé a mi aliada.